

# ECONOMÍA Y MORAL

## Transcripción de la conferencia pronunciada por el Profesor Luis González-Carvajal

Aula de Teología  
22 de enero de 2008

### I. PEQUEÑA CRÓNICA DE UN DIVORCIO

Es éste un tema amplísimo que voy a intentar desarrollar, siguiendo el esquema que tenéis, y del que empiezo señalando cómo las relaciones entre la moral y la economía fueron, muy buenas al principio, hasta el punto de que los orígenes de la ciencia económica estuvieron en la moral, y cómo más tarde esas relaciones se fueron deteriorando.

El primer libro conocido que trata exclusivamente de cuestiones económicas se titula: “*De origine, natura et iure mutationibus monetarum*” - “*Del origen, naturaleza y derecho de los cambios de la moneda*”-; lo publicó en el año 1360 Nicolaus Oresmius, un teólogo que luego fue Obispo de Lisieux.

Muchos otros teólogos del siglo XVI, como Tomás de Mercado, Francisco de Vitoria, Domingo Báñez, Luis de Molina, se ocuparon también de las cuestiones económicas e incluso influyeron –existen tesis doctorales sobre esta influencia- en economistas de la talla de Adam Smith, el gran clásico de la economía liberal.

Sin embargo, a partir del siglo XVIII, las cosas empezaron a complicarse con la aparición de los fisiócratas, una escuela de economistas cuyo nombre, procedente del griego, *phýsis*, naturaleza y *krátos*, autoridad, gobierno de lo natural; lo dice todo. Según ellos, las leyes económicas eran tan naturales como las leyes físicas... es decir, igual que no tiene sentido preguntarse si es moral o inmoral que los cuerpos caigan en el vacío con un movimiento uniformemente acelerado, tampoco lo tendría preguntarse si son morales o inmorales las leyes del mercado. Su lema era *laissez faire, laissez passer, le monde va de lui-même*, es decir, dejad hacer –que cada cual fabrique lo que quiera-, dejad pasar –comerciar-, que el mundo marcha por sí mismo... En consecuencia, la moral no tiene nada que decir, todo funciona sólo a las mil maravillas.

Algo parecido ocurrió después con el “heredero” de los fisiócratas y máximo teorizador del liberalismo económico, Adam Smith que, en su libro “*Investigación acerca del origen y la naturaleza de la riqueza de las naciones*”, defiende la famosísima teoría de la “mano invisible”; es decir, nadie tiene por qué preocuparse del bien común, ni de cuánto trabaja ni de cuánto invierte... cada cual debe buscar únicamente sus ventajas personales, el lucro, porque “una mano invisible” hará confluir esos infinitos egoísmos para que se obtenga el bien común. Por ejemplo, si yo tengo hambre o sed, no debo hablar al panadero

o al tabernero de mi hambre o de mi sed, porque ellos actúan movidos por el lucro y les da igual; pero sí tengo que hablarles del dinero que tengo en el bolsillo y que yo les daré si ellos me dan pan o me dan vino...

Así ocurrirá que, cuando todos hayan actuado movidos por el deseo de ganar dinero, el panadero habrá puesto pan y el tabernero habrá puesto vino en el mercado... -y así todos los demás-. Como consecuencia, se habrá obtenido el bien común pero sin que nadie lo busque; la “mano invisible” habrá hecho que confluyan todos los intereses egoístas en el bien común. Bastará, por tanto, dejar que cada persona actúe movida por sus intereses y que la “mano invisible” ponga las cosas en su sitio. Por tanto, la moral tampoco tiene aquí mucho que hacer.

Poco a poco se fue desconectando la economía de la moral, y el divorcio fue casi total. En la actualidad vemos que se están volviendo a tender puentes entre ambas disciplinas, si bien son muchos los malentendidos por ambas partes. Los economistas acusan frecuentemente a los moralistas de hablar de lo que no entienden; por ejemplo, Paternot y Veraldi, dos economistas especializados en prensa económica, dicen en su libro “*¿Está Dios contra la economía?; carta a Juan Pablo II*”, que publicaron después de la Encíclica “*Sollicitudo rei socialis*”, que, para tener una auténtica “*Sollicitudo rei socialis*”, hay que tener primero una “*Sapientia rei economicae*”. Juegan con las palabras para decir que, para poder preocuparse de verdad de la cuestión social, hace falta saber de ciencias económicas, que es lo que le falta a Juan Pablo II. Del mismo modo que los economistas acusan a los moralistas de hablar de lo que no entienden, los moralistas suelen acusar a los economistas de pretender desembarazarse de la ética.

## **II. PLANTEAMIENTO CORRECTO DEL PROBLEMA**

Vamos a ver ahora cuáles son las competencias respectivas de la economía y de la ética. Es importante clarificar esto porque la obra de muchos economistas, incluso eminentes, como Milton Friedman -premio Nóbel de Economía de 1976 y mentor intelectual del neo-liberalismo de la Escuela de Chicago; tan influyente en nuestros días que se ha llegado a hablar del “pensamiento único”, como si no hubiera otra forma de entender la economía que la que marca dicha Escuela-. Cuando uno lee la obra de este autor, se queda asombrado viendo la mezcolanza que hay en ella de economía y de ética. Por poner sólo algunos ejemplos:

Un artículo muy famoso suyo, que ha dado la vuelta al mundo y se ha traducido a múltiples lenguas, se titula “*La responsabilidad social de la Empresa consiste en incrementar los beneficios*”. Ya el título, más que económico es ético. En él defiende, entre otras cosas, que, si el Gerente de una Empresa establece políticas medio ambientales para proteger el medio ambiente

más allá de lo que la ley le exige estrictamente, o bien está disminuyendo los beneficios de los accionistas, y por tanto está gastando un dinero que no es suyo, o bien está haciendo que los consumidores tengan que pagar más caros los productos de la Empresa, porque habrá que repercutir el costo de esas políticas medio ambientales en el precio de los mismos, con lo que entonces se está quedando con un dinero de los consumidores que tampoco es suyo. De modo que, tanto lo uno como lo otro, sería inmoral. Éste no es un planteamiento económico, sino ético.

En otro de sus libros, también muy famoso, “*Capitalismo y libertad*”, cuestiona el principio de que “el fin no justifica los medios” porque, si esto es así, ¿qué los va a justificar? En su obra defiende la inmoralidad de las políticas redistributivas de la renta, que, según él, sería como jugar a la lotería y que, después de que se ha producido el sorteo, alguien repartiera el premio de los que han ganado entre los perdedores. Dice que pasa lo mismo con el capitalismo, que tiene unas leyes –las de la oferta y la demanda- que asignan los salarios y los beneficios, y que, después de haber jugado al capitalismo -se supone que uno acepta las leyes del juego- llega el Estado, y reparte una parte mayor o menor de los beneficios entre los demás. Por tanto, las políticas redistributivas, dar a los demás lo que han ganado otros, son inmorales.

Defiende también que no debe haber impuesto de sucesiones porque, si un padre quiere gastar su dinero en vida, dando una buena educación a sus hijos, lo gasta libremente; pero si prefiere gastarlo después de muerto, dándoles a sus hijos una herencia, aplicando el mismo argumento que antes, no debe el Estado quedarse con nada de ese dinero.

Se podrá estar de acuerdo o no con todo esto, pero eso no es hacer economía, sino moral. Por eso digo que es muy importante delimitar bien las competencias de la economía y de la ética, de modo que sepamos cada uno en qué momento tenemos que hablar y en qué momento tenemos que escuchar a otro. Lo primero, por tanto, sería ver con claridad, qué es la economía y qué es la ética.

Acepto una definición de economía dada por un famoso economista, Lionel Robbins, que dice así: La economía “*es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación*”.

Yo quizás hubiera dicho: “como una relación entre fines alternativos y medios limitados, que se pueden aplicar a unos fines o a otros”, porque ésa es la realidad; no vivimos en Jauja, aquel país mítico donde ataban a los perros con longanizas y de las fuentes manaba leche y vino... sino que vivimos en un mundo caracterizado por la escasez; por lo que, si los recursos los empleamos en una cosa, ya no los podemos emplear en otra; si buscamos unos fines, quizás no podamos buscar otros... Y la tarea de la economía es precisamente ver qué

relaciones existen entre unos fines alternativos –podemos buscar unos u otros- y los medios limitados –los únicos que tenemos- para alcanzar unos u otros fines.

Como veremos a continuación, desde el momento en que hay que realizar opciones, buscar unos fines u otros, emplear los medios para una cosa u otra... la ética, la moral<sup>1</sup>, tiene algo que decir.

La moral, la ética, es una ciencia normativa que nos dice, no cómo son las cosas, sino cómo deben ser para responder a un determinado modelo de sociedad. Esto indica que no hay una ética, sino muchas, dependiendo del modelo de hombre y de sociedad que tenga cada uno.

Por ejemplo, según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el ingreso del 1% más rico de la población del planeta equivale al del 57% más pobre; probablemente la mayoría de los que estamos aquí pensaremos de forma espontánea que eso es injusto.

Maticemos. Las Naciones Unidas aportan un dato empírico; basta utilizar los indicadores económicos y cualquiera, ya sea marxista, liberal o cristiano, podrá comprender y aceptar que esos datos son ciertos. Ahora bien, pasar de la afirmación de que el mundo es desigual a la afirmación de que el mundo es injusto, es pasar de las ciencias empíricas a la ética. Calificar de injusta o desigual esa situación, dependerá del modelo de hombre y de sociedad que tenga cada cual. Voy a poner dos ejemplos de dos pensadores que se pueden considerar padres de la cultura moderna, Marx y Nietzsche.

Indudablemente, Marx la calificaría de injusta porque cada uno no recibe de acuerdo con sus necesidades, sino que a unos les sobra y a otros les falta lo imprescindible. Sin embargo Nietzsche decía justamente lo contrario; en “El anticristo” escribe: “Mi concepción de la justicia es ésta: los hombres no son iguales, y no deben ser tampoco iguales en el futuro; los débiles y los malogrados deben perecer, y aun debemos ayudarles a que perezcan”. Por tanto, a Nietzsche no le parecería injusta esa desigualdad.

Lo honesto, por lo tanto, es que un profesor de moral empiece por explicitar desde qué planteamientos habla. Yo, concretamente, hablo desde la moral cristiana; mi modelo de hombre y de sociedad es el que nace en el evangelio y se explicita modernamente por la doctrina social de la Iglesia.

Como he dicho antes, dado que los recursos son limitados, es inevitable hacer opciones. Si queremos –pongamos por caso- que los aviones sobrevuelen una ciudad en el camino hacia el aeropuerto, con los correspondientes riesgos que eso supone, las molestias de ruidos etc., o que hagan un rodeo importante, lo que supone mayor emisión de gases contaminantes, mayor gasto de combustible, mayor coste de transporte... ésa es una opción de tipo ético. Si queremos que haya una educación que privilegie sobre todo las posibilidades de los mejor

---

<sup>1</sup> Quiero aclarar que yo empleo ética y moral como sinónimos, porque quienes distinguen entre ambos términos no siempre lo hacen en el mismo sentido.

dotados, o una educación que trate de rescatar a los peor dotados... es también una opción de tipo ético. Los recursos son limitados y, como consecuencia, si los empleamos en unas cosas no los emplearemos en otras.

A continuación trataré de demostrar cuáles son las respectivas competencias entre economía y ética. Acabamos de ver que existen fines alternativos, porque no podemos conseguir todo a la vez. Y que la determinación de los fines es tarea de la ética o de la moral; ahí, por tanto, no tiene nada que decir la economía. Lionel Robbins, el economista de cuya definición partí, dice así: *“acerca de los fines, ni la economía ni ciencia alguna, pueden ofrecer solución”*. Pero eso no quiere decir que la economía no tenga nada que decir sobre los fines.

La economía debe advertir de las consecuencias de cada opción porque, según qué fines se elijan, según que variable maximicen, se producirán unas u otras. Por lo que, eventualmente, los economistas deberán decir a los moralistas si los fines que proponen son incompatibles.

Imaginemos, por ejemplo, que los moralistas dijeran –que no lo dicen– que el sistema económico debe caracterizarse por tres notas: libre elección del trabajo, igualdad de rentas para todos los trabajadores, y determinación de la producción por los consumidores, es decir, con sus compras deben determinar lo que se produce. Son tres cosas muy razonables pero, en ese caso, los economistas tendrían razón en decirles que son incompatibles entre sí; que pueden elegir dos de ellas, las que prefieran, pero que, en el momento en que incluyan la tercera, es incompatible... Si quieren que sean los consumidores los que determinen la producción, y que además las rentas de todos los trabajadores sean parecidas... no puede elegirse libremente el trabajo; habrá que establecerlo autoritariamente porque, de otro modo, los trabajadores elegirán aquellos trabajos que les gusten y dejarán los que no sean de su agrado con lo que, en realidad, el consumo no lo determinarán los consumidores sino los trabajadores... O bien, tendrán que resignarse a que los ingresos de los trabajadores no sean semejantes y entonces, si los consumidores determinan la producción, como los ingresos en una rama y en otra son distintos por las leyes de la oferta y la demanda, los trabajadores tenderán a ir a aquellas ramas más demandadas por los consumidores, donde van a encontrar mejores gratificaciones. Con lo que se demuestra que tres cosas a la vez no se pueden conseguir.

Es muy importante aclarar que los fines de la economía los determina la moral; pero también que los economistas deben hablar de las consecuencias previsibles de esos fines y, eventualmente, de su incompatibilidad.

Ahora bien, hay que tener mucho cuidado, no vaya a ser que los economistas declaren incompatibles, o imposibles, fines que simplemente son “no deseados” por ellos, porque entonces, aparentemente sin salir de su competencia, estarían determinando los fines. Yo aprendí esto hace muchos

años, siendo secretario general de Cáritas Española; entonces descubrí que quien mandaba allí no éramos los directivos, sino el administrador ya que, si nosotros aprobábamos un programa en un país del Tercer Mundo que al administrador no le gustaba... decía que no había divisas. Pero si a la semana siguiente aprobábamos otro que le gustaba... sí las había. Cuando yo le preguntaba cómo era posible, me respondía que acababan de ingresarnos en una cuenta de Nueva York una cantidad... Al principio yo me lo creía pero cuando eso mismo ocurrió varias veces, acabé dándome cuenta de que el administrador, aparentemente sin salirse de su competencia, determinando únicamente lo que era o no posible, estaba invadiendo las nuestras al determinar cuáles eran los fines que tenía que llevar a cabo la Institución.

Los fines son, por tanto, tarea de la moral; después habrá que determinar cuáles son los medios eficaces para alcanzar esos fines, y ésta es una tarea exclusivamente de los economistas donde la moral no tiene absolutamente nada que decir.

El Vaticano II (*Gaudium et spes* n° 36) estableció solemnemente la autonomía legítima de las ciencias, y por lo tanto también de la economía, respecto de la religión. De modo que, a la hora de determinar los medios eficaces para alcanzar esos fines, los moralistas guardarán silencio y hablarán los economistas.

Hay que tener en cuenta también que, no todos los medios eficaces para alcanzar un fin son legítimos, porque “el fin no justifica los medios”. Lo explico con un ejemplo un tanto caricaturesco: Supongamos que los economistas descubrieran que maltratando a los trabajadores con capataces que utilizaran látigos, etc., aumentaría la producción... Los moralistas tendrían razón en decir que ese medio no es legítimo, por muy eficaz que pueda ser; de modo que aquí todavía tiene algo que decir la moral.

### **III. EL FIN DE LA ECONOMÍA**

Probablemente, para la mayoría de la gente el fin de la economía es crear riqueza. Keynes, otro gran economista, “creador” de la economía social de mercado –aunque ese nombre procede de la Democracia Cristiana alemana– decía: “*El aumento de la “tarta” se ha convertido en una auténtica religión*”. Efectivamente, da la sensación que para la mayor parte de las personas, lo único que importa es aumentar el tamaño de la “tarta” es decir, aumentar la riqueza.

La moral –insisto en decir que yo siempre hablo desde la moral cristiana– dice que el fin de la economía no es aumentar la riqueza, sino satisfacer las necesidades humanas, y no necesariamente siempre que se crea riqueza se satisfacen necesidades humanas...

También habrá que clarificar, en primer lugar, qué entendemos por necesidades humanas: Por ejemplo, hace un tiempo visitaba España un militante de un movimiento cristiano obrero latinoamericano; él contaba que sabía, lo

mismo que tantos de su país, lo importante que era para sus hijos poder tomar todos los días un vaso de leche como mínimo; desgraciadamente no podían dárselo más que una vez a la semana, con las consecuencias que eso podía tener para su salud. La necesidad, para sus hijos, era tener leche.

Sin embargo, una adolescente española recibió como regalo de Reyes un teléfono móvil por el que llevaba ilusionada mucho tiempo... Al cabo de unos meses, su padre se dio cuenta de que lo dejaba en casa y le preguntó si se había cansado ya del teléfono. La respuesta de la hija fue que no, pero que se había quedado pasado de moda, que sus amigas tenían ahora otros mucho más bonitos, más pequeños, y que a ella le daba vergüenza sacar ese “ladrillo” que tenía... Para sentirse bien, esa chica “necesitaba” otro teléfono móvil.

¿Es la misma “necesidad” la del vaso de leche de esos niños latinoamericanos, que la del teléfono móvil más pequeño y más bonito de esa adolescente española?

Indudablemente, entre las necesidades humanas hay una jerarquía.

Hay algunas necesidades que forman parte de los derechos fundamentales de la persona. Por lo tanto, deben tener una prioridad absoluta al establecer los fines de la actividad económica, frente a otras “necesidades” que quizás ni siquiera deben considerarse secundarias si el satisfacerlas supone costes ecológicos importantes, agotamiento de las materias primas, consumo de energía, etc.

Como vemos, el fin de la actividad económica debe ser satisfacer las necesidades humanas, sabiendo que entre éstas hay una jerarquía; y esto no coincide con aumentar la riqueza del país -que es lo que muchos consideran el fin de la economía. La riqueza del país, el Producto Nacional Bruto, crece tanto por los gastos de educación como por las peluquerías para perros... Ambas cosas aumentan el PNB y, sin embargo, no satisfacen por igual las necesidades humanas.

#### **IV. ¿SON APLICABLES “EN EL MUNDO REAL” LOS PRINCIPIOS DE LA ENSEÑANZA SOCIAL DE LA IGLESIA?**

Pongamos un ejemplo: Juan Pablo II afirmó en la *Sollicitudo rei socialis* que, “tanto los pueblos como las personas individualmente, deben disfrutar de una igualdad fundamental”. Lo que no quiere decir igualdad absoluta. Sin embargo, Milton Friedman objeta que, si lo que las personas tienen está determinado por la equidad y no por lo que producen, ¿de dónde vendrán los incentivos, las recompensas? ¿Qué incentivo habrá para producir y para trabajar?

Se plantea así un problema muy serio. Una política redistributiva de la renta que trate de eliminar las grandes desigualdades existentes, podría desincentivar a los trabajadores. Si se redistribuye demasiado la renta, podría ocurrir que alguien, puesto que al final va a ganar lo mismo trabajando peor que

mejor, prefiera no esforzarse; y que incluso, si va a ganar lo mismo trabajando que sin trabajar, prefiera no trabajar, dejar que trabajen otros y esperar el reparto... Con lo cual, a lo mejor se acababa repartiendo pobreza en vez de riqueza.

El tema de la pregunta que encabeza este apartado, ya se lo plantearon a San Agustín a finales del siglo IV, a propósito del Sermón de la Montaña; le dijeron que lo de “poner la otra mejilla” tenía efectos disolventes para la sociedad.

Efectivamente, las ironías que el Sermón del Monte ha provocado durante siglos son innumerables. Por ejemplo, Diderot decía que si, en París, a todo el mundo le diera de repente por respetar el Sermón del Monte y dar su vida por él, habría tantos locos que no cabrían en todos los manicomios del mundo. Freud decía que “poner la otra mejilla”, sería un premio directo a la maldad... Caricaturizando un poco esto, sería algo así como decir que, si me roban en casa y yo, como buen cristiano, tengo que poner la otra mejilla, en vez de denunciar al ladrón, tendría que darle las llaves del apartamento que tengo en la sierra...

¿Se puede aplicar el Sermón del Monte en el mundo real en el que vivimos, entre personas humanas, o eso es para ángeles? Es conocida la respuesta que dio Lutero a este problema con su teoría de “los dos reinos”: el de Dios y el del mundo. Decía Lutero que el Reino de Dios estaba vigente solamente en “los pequeños espacios”<sup>2</sup>, es decir, en el corazón del individuo, en la pequeñísima comunidad cristiana de conversos, donde había que dejarse guiar por los principios de ese Reino de Dios.

Sin embargo, “los grandes espacios”, sociedad, economía, mundo, pertenecen al reino del mundo<sup>3</sup>, por lo que en ellos tenemos que olvidarnos del evangelio y de Cristo y tenemos que guiarnos por las leyes del mundo.

Esta teoría no podemos aceptarla porque en ningún lugar del NT se dice que el Reino de Dios sea únicamente para los “pequeños espacios”, familia, alma del individuo... sino que, por el contrario, incluso se habla de dimensiones cósmicas: Pablo, en la Carta a los Efesios, dice que *todo debe acabar teniendo a Cristo como cabeza* y, en la Carta a los Romanos: *la creación entera está gimiendo como con dolores de parto, esperando la gloriosa manifestación de los hijos de Dios*. Es decir, el Reinado de Dios no es sólo para la humanidad, sino para la creación entera.

Así, la distinción no está entre “pequeños y grandes espacios”, sino entre el “ya sí” y el “todavía no”, que defendía Thieliicke. El Reino de Dios ya ha llegado, pero todavía no en plenitud. Porque ya ha llegado, tenemos que

---

<sup>2</sup> La expresión “pequeños espacios” o “grandes espacios” no es literal de Lutero, sino una forma expresiva de traducir su pensamiento.

<sup>3</sup> Según Lutero, el cristiano auténtico es una *rara avis*, entre un millón de cristianos, apenas habrá uno que lo sea de verdad.



procurar guiarnos por los valores del Reino; porque todavía no ha llegado en plenitud, no nos quedará más remedio que pagar cierto tributo a la fuerza del mal que hay en el mundo, y optar por ciertas soluciones de compromiso entre lo que nos pide el Reino de Dios y lo que aquí y ahora podemos hacer.

Por ejemplo, en las políticas redistributivas, a que antes me he referido, tendremos que procurar redistribuir la renta lo más posible, porque bajo el Reinado de Dios los hermanos comparten los bienes... Pero sin atravesar ese umbral a partir del cual empiezan a aparecer efectos perversos, porque la gente se desincentiva y se acaba redistribuyendo pobreza en vez de riqueza. Es una solución de compromiso que no se fija de una vez por todas, porque, si hoy nuestra conciencia ética sólo permite llegar hasta un punto, tendremos que quedarnos ahí, pero procurando que mañana nuestra conciencia ética nos permita avanzar un poco más, y pasado mañana otro poco más... porque lo que el Reino de Dios nos pide, no es lo poco o mucho que ahora podemos hacer, sino todo. La solución de compromiso debe ir evolucionando para ir alcanzando la meta poco a poco; esto es casi de sentido común: si nos dicen que tenemos que subir a la terraza de un edificio, no se nos ocurre que tenemos que hacerlo de un salto; damos por supuesto que se trata de subir por las escaleras, descansar si es necesario, subir un poco más... ésta es la realidad.

También aprendí esto durante el trienio que trabajé en Cáritas. Cuento distintas anécdotas porque contribuyen a que se entienda mejor lo que trato de enseñar. En Cáritas, los directivos anteriores a nosotros hicieron, durante su trienio, subidas de sueldo lineales, porque parecía mucho más evangélico ir eliminando las distancias relativamente grandes que había entre los salarios de los Técnicos superiores y las señoras de la limpieza. Nosotros continuamos haciéndolo durante los dos primeros años, pero comenzó a aparecer un efecto perverso: los mejores Técnicos superiores se iban de Cáritas.

Nunca se les había pagado excesivamente bien, pero después de 5 años de subidas lineales, los sueldos de los Técnicos superiores estaban bastante por debajo de los precios de mercado, mientras que los de las señoras de la limpieza estaban por encima de los precios de mercado. Un día vino a mi despacho el mejor Técnico que teníamos, para decirme que se iba de Cáritas porque le habían ofrecido trabajo en la Diputación y que, aunque sentía de veras marcharse porque se había sentido muy a gusto todos estos años trabajando para la Iglesia y para Cáritas, y sabía que en la Diputación no se iba a sentir igual de bien, allí le pagaban casi el triple y tenía que pensar en su mujer y sus hijos... Me dio mucha pena, pero al mes siguiente vino otro que se iba al Ayuntamiento, le pagaban casi el doble... el resto era lo mismo. Cuando llegó el tercero comprendí que, si seguíamos siendo así de evangélicos, probablemente tendríamos los peores Técnicos superiores de todo Madrid, aquellos a los que no iban a ofrecer trabajo en ningún otro sitio, y también, probablemente, las mejores señoras de la limpieza de todo Madrid porque, cuando se jubilara una,

se presentarían trece o catorce mil para cubrir la vacante, con lo cual podríamos seleccionar a la más maravillosa...

Convoqué entonces una reunión de personal –no deja de ser curioso que la patronal convoque una asamblea de personal- y expuse sencillamente el problema que se estaba planteando; dejé que discutieran y después de un tiempo llegó todo el mundo a la conclusión de que había que volver a las subidas proporcionales y diversificar de nuevo los salarios. Hubo, sin embargo, uno que pidió que constara en acta lo siguiente: *Somos conscientes de que lo que pedimos está en contra del modelo de sociedad que defiende la Enseñanza Social de la Iglesia; está en contra del modelo de sociedad que defiende Cáritas; está en contra, incluso, del modelo de sociedad que defendemos nosotros cuando vamos a dar cursillos por las diócesis, pero nos vemos obligados a pedirlo por la dureza de nuestro corazón.*

A mí eso me abrió la luz, porque enseguida recordé que, cuando le preguntaron a Jesús por qué Moisés permitió el libelo de repudio, contestó: *Por la dureza de vuestro corazón tuvo que permitirlo, pero al principio no fue así.* O sea, la dureza del corazón puede aconsejar, para evitar males mayores -por ejemplo, que un matrimonio dividido se separe sin que quede protegida la parte más débil, los hijos, etc.-, regular el divorcio civil.

Yo entonces no me dedicaba todavía a la docencia de la teología, ni tenía recursos teológicos, ni había leído a Thielicke, ni a Lutero, para fundamentar teológicamente, como lo estoy haciendo esta tarde, aquella intuición que tuvieron los trabajadores de Cáritas pero, en definitiva, es la solución de compromiso entre lo que nos pide el evangelio, que es el ideal al que tenemos que llegar, y lo que aquí y ahora podemos hacer que, muchas veces, no es todo lo que tendríamos que hacer... le pediremos perdón a Dios por quedarnos a mitad de camino, y procuraremos, cuanto antes, avanzar un poco más...

Los obispos norteamericanos, en el número 55 de su carta pastoral "*Justicia económica para todos*", de 1986, dicen que "vivimos en el ya del reino de Dios pero todavía no ha llegado en plenitud y que, por tanto hacen falta ciertas soluciones de compromiso".

Esto lo aplican en el número 185 a la distribución de la renta diciendo que "si bien debemos aspirar a una distribución lo más igualitaria posible, una vez que se hayan satisfecho las necesidades básicas de todos, será necesario que haya también ciertas diferencias en las rentas para incentivar a los que se esfuerzan, premiar a los creativos, etc."

Esta solución es muy parecida a lo que Max Weber, el famoso padre de la sociología, proponía al distinguir entre la "ética de la convicción" y la "ética de la responsabilidad".

La "ética de la convicción" se guía únicamente por los principios, y llega a decir: "hágase la justicia y perezca el mundo". Le dan igual las consecuencias; el caso es aplicar los principios. La "ética de la responsabilidad", en cambio, se

deja guiar por los principios pero, a la vez, tiene en cuenta las consecuencias y llega un momento en que dice: “más allá de aquí no debo pasar porque las consecuencias serían negativas”. No quiere decir que el que se guía por la “ética de la responsabilidad” no tenga en cuenta los principios, sino que tiene también en cuenta las consecuencias.

Creo que es una solución bastante parecida a la que yo estoy defendiendo, pero desde la sociología y no, como yo, desde la teología moral. Max Weber dice que los profetas se guían por la “ética de la convicción” y que es muy bueno que haya profetas para despertarnos. Pero que, en cambio, los políticos deben dejarse guiar por la “ética de la responsabilidad” y ¡ay de aquel país donde un profeta se ponga a gobernar!, porque provocará una catástrofe. Pero hay que escuchar a los profetas; el político tiene que tener en cuenta los principios y también las consecuencias. Se ha dicho muchas veces que “la política es el arte de lo posible”, y no todo es posible aquí y ahora.

## V. ECONOMÍA, ÉTICA Y POLÍTICA

Supongamos, por un momento que, como consecuencia de un curso de Moral Social, donde naturalmente se desciende a concreciones mucho mayores que las que yo puedo tratar esta tarde, todo el mundo quedara convencido de cómo debería actuar en su vida profesional, en su relación con la economía, con la sociedad... ¿Bastaría eso para que todas las cosas funcionasen bien? Desgraciadamente no, porque debemos abordar ahora lo que los antiguos griegos llamaban *akrasía*, o debilidad de la voluntad, que equivale, más o menos, a lo que decía Jesús: “el espíritu está pronto, pero la carne es débil”. Podemos saber perfectamente lo que debemos hacer, y querer hacerlo incluso pero, llegado el momento, no lo conseguimos. Recordemos a San Pablo, en el capítulo 7 de la Carta a los Romanos: *Realmente mi proceder no lo comprendo, porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero y, cuando quiero hacer el bien, es el mal el que se me impone. ¡Ay de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que lleva a la muerte? Es el pecado que me domina.*

San Agustín, convencido de que debe convertirse al evangelio, le pide al Señor: *Señor, dame la castidad, pero no me la des todavía...* La debilidad de la voluntad; querer y no querer... así somos; a la vez queremos y no queremos.

No basta tener claro cómo tenemos que actuar éticamente en economía, ni siquiera querer sinceramente actuar así para que, de hecho, llegado el momento, lo hagamos. Hay que abordar este problema, ¿cómo solucionarlo?

La subordinación de la economía a la moral debe hacerse por mediación de la política, que, a su vez, debe obligar, a través de las leyes, a que cumplamos todos unos mínimos éticos. Esto supone aceptar libremente que nos quiten un poco de libertad; aceptamos libremente cuando tenemos la cabeza fría y vemos con la razón que debemos actuar de una determinada manera, aceptamos libremente que nos quiten un poco de libertad cuando llegue el momento de

actuar. Para que no resulte demasiado abstracto: probablemente comprendemos de sobra que debemos compartir los bienes –las políticas redistributivas a que me he referido- pero, llegado el momento, no es fácil que lo hagamos espontáneamente. Entonces, Hacienda nos obliga a compartir los bienes a través de la Declaración de la Renta, que no tiene solamente fines recaudatorios, sino también redistributivos; por eso, los impuestos no son simplemente proporcionales, sino progresivos, va aumentando el tipo impositivo con la riqueza, de forma que, después de haber pagado los impuestos, se han acortado un poco las distancias. Si fueran proporcionales, si todo el mundo pagáramos, por ejemplo, el 15% de nuestra renta como impuestos, después de pagar los impuestos seguiríamos todos en la misma proporción que estábamos; todos un 15% más pobres, pero todos igual de ricos o de pobres. Hacienda nos obliga a que seamos mínimamente solidarios; pero sólo “mínimamente” porque, como hemos visto, si nos obligara excesivamente, aparecerían esos efectos perversos...

Es el mismo recurso que utilizó Ulises. Él sabía que todos los que pasaron cerca de la isla de las Sirenas quedaron fascinados por sus cantos y acabaron naufragando. Él, que no quería que le pasara eso, pero era consciente de que, aunque con la razón lo comprendiera, su debilidad le podía hacer caer en lo mismo que habían caído los demás, pidió que lo ataran al mástil del barco, y taponó con cera los oídos de los marineros para poder pasar junto a dicha isla sin ser seducido por los cantos de las sirenas. Decía incluso a los marineros: “Si pido que me desatéis, atadme más fuerte...” Cuando tenía la cabeza fría y comprendía lo que le convenía, aceptó, libremente, perder un poco de libertad, porque sabía que, llegado el momento de la pasión, no iba a reaccionar como debía para poder cumplir los fines que se había propuesto.

Es significativo que haya una revista de Moral Económica cuyo logotipo es, precisamente, Ulises atado al mástil del barco.

Relacionado con este aspecto de intentar que la política se convierta en un instrumento de la moral para que la economía responda a las leyes éticas, está la necesidad de transformar las “*estructuras de pecado*”, de las que habló Juan Pablo II en la *Sollicitudo rei socialis*, en estructuras de solidaridad.

Lo característico de estas estructuras es que las hemos establecido libremente los humanos pero, una vez establecidas, funcionan de forma automática, independientemente de nuestra voluntad.

Probablemente, ninguno de los que estamos aquí queremos que muera de hambre nadie en Sierra Leona, pero lo cierto es que se mueren, y no sabemos qué podríamos hacer para evitarlo. No lo sabemos porque, entre ellos y nosotros, se interponen unas estructuras, las leyes del Comercio Internacional, etc., que no controlamos.

El problema de las estructuras de pecado es un problema muy serio; somos libres de que el trazado de las vías de un tren vaya hacia un lado u otro

pero, una vez que hemos establecido libremente el trazado de esas vías, ya no somos libres para decidir por dónde va a ir el tren... ¡o sigue el trazado de las vías, o descarrila! Hace falta transformar esas estructuras de pecado en estructuras de solidaridad, por mediación de la política para lograr lo que hemos comentado antes... Esto es muchísimo más complejo de lo que he podido decir pero a lo mejor intuís, más o menos, por dónde van las cosas...

Muchas gracias

## DIÁLOGO

**P.-** *¿Sería acertado que en los hospitales todos ganasen lo mismo?*

**R.-** Yo creo que no funcionaría por las razones que he explicado antes; mucha gente se desincentivaría y pensaría que no merecía la pena preocuparse por estudiar una carrera, capacitarse profesionalmente, actualizarse yendo a cursos... si resulta que finalmente va a ganar exactamente lo mismo que otro que no se ha esforzado en nada. Es una pena reconocer que mucha gente reaccionaría así porque quiere decir que no trabajamos para servir a los demás sino, en el fondo, para ganar dinero; pero nadie puede huir de su propia sombra, y no queda más remedio que establecer ciertos incentivos.

Juan Pablo II, en la *Centesimus annus* lo decía muy bien: *El fin de la actividad económica no debe ser la búsqueda del lucro, como se dice en el capitalismo, sino la promoción del bien común.* Pero no debemos contraponer el bien común con los intereses personales; un sistema será tanto más sabio cuanto más claro tengan las personas que, buscando y persiguiendo el bien común, están obteniendo, al mismo tiempo, ventajas para ellas y para los suyos. No es, ni mucho menos, lo mismo que decía Adam Smith; según éste, no habría que buscar el bien común, sino cada uno su beneficio porque la “mano invisible” ya hará que se alcance el bien común.

He insistido tanto en la necesidad de compaginar la utopía con el realismo porque, dentro de la Iglesia, tenemos frecuentemente unos discursos excesivamente simplistas, diciendo cosas que no son en absoluto realistas y que, si se implantaran, provocarían una catástrofe.

Pongo otro ejemplo para que se entienda lo que digo: En la escena del joven rico, Jesús le dice que venda todo lo que tiene, se lo dé a los pobres y luego le siga. El joven rico no se atrevió y se fue triste... Yo he pensado muchas veces que fue una pena que el joven rico, en vez de marcharse, no contraofertara y le dijera a Jesús: “Mira, no soy capaz de vender todo lo que tengo, sino de

vender la mitad, y ¡no sabes cómo me cuesta, que me parto por dentro...! Pero, ¿me admites contigo si vendo la mitad, sabiendo que me esforzaré pronto para poder vender otro 10% y más adelante otro 10%...?” Estoy seguro que Jesús le hubiera dicho: “Sí, vente, que por ahí podemos empezar; después ya veremos a dónde llegamos.”

Esto que digo no se parece en nada a lo que Bonhoeffer llamaba “la obediencia complicada”. Decía así: “En todos los lugares del mundo, cuando se da una orden, la gente la entiende, menos entre los cristianos, que somos como un niño al que su padre dijera: “Niño, es tarde, estás cansado, tienes que descansar, vete a la cama que, además, mañana tienes que madrugar...” Y el niño dijera: “Mi padre piensa que estoy cansado; pero no estoy nada cansado. Y además mi padre piensa que yo descanso durmiendo; y yo como descanso es jugando. De modo que mi padre ha dicho vete a la cama, pero ha querido decir, niño, sigue jugando...”

En el caso del joven rico, la “obediencia complicada” sería si este joven dijera: “Jesús tiene la preocupación de que yo ponga el corazón en las riquezas, pero no es así, porque he puesto el corazón en Dios. De modo que lo que me ha querido decir es que conserve las riquezas sin poner el corazón en ellas...”

Sin embargo, “mi” joven rico no se engaña a sí mismo con “obediencia complicada” pensando que Jesús sólo le pide el 40 o el 50%...; sabe que le pide el 100%, pero también sabe que tiene que ir poco a poco hasta llegar al cien...

Yo definiendo esto; por lo tanto, en ese hospital, o en cualquier otro lugar, es necesario que, garantizando las satisfacciones básicas de todos los trabajadores, y tratando de conseguir el mayor nivel de igualdad posible, no se sobrepase ese nivel en el que desaparecen los incentivos, porque tendría efectos perversos.

**P.-** *¿Es moral que los bancos presten más dinero del que disponen?*

**R.-** Es una cuestión bastante compleja para poder tratarla en un momento. Ciertamente, el dinero en circulación de cada país no es solamente el monetario, sino también los créditos de los Bancos que pueden crear inflación igual que otro dinero. Pero también está la legislación del país que establece lo que los Bancos deben prestar o no... En esta charla he preferido no entrar en lo que llamamos “Moral Económica Especial”, es decir, temas particulares de moral económica, sino moverme en la Moral Económica Fundamental, es decir, los grandes principios.

**P.-** *Unas palabras sobre el “todo vale” actual.*

**R.-** Ciertamente es verdad que nos movemos en una situación en que da la sensación de que todo vale. Yo creo que una tarea muy importante debería ser, precisamente, moralizar la sociedad. Para eso es importante, en primer lugar, evitar que se corrompan las profesiones; cada profesión tiene un fin particular: el

maestro enseñar, el médico curar, etc., y también unos fines generales, comunes a todas las profesiones: obtener reconocimiento social, identidad social, remuneración económica, etc.

Algo funciona mal cuando en una sociedad la mayoría de la gente elige la profesión, no por el fin específico, sino por ese otro fin general a todas las profesiones: ganar dinero, reconocimiento social, poder, etc. Cuando ocurre esto, se puede acabar teniendo por buenos profesionales simplemente a los que son astutos, hábiles..., los que consiguen ganar mucho dinero y obtienen poder y prestigio; y se puede acabar considerando fracasados a los que están alcanzando grandes éxitos desde el punto de vista del fin específico de esa profesión, pero no de esos otros fines generales. Esto produce un efecto disolvente porque se contagia; todo el mundo tiende a imitar a los que se consideran triunfadores en la sociedad.

El siguiente paso es que empiecen a relajarse también los medios... con tal de obtener mejores ventajas, se va bordeando poco a poco la ética, la moral. Por eso me parece fundamental una tarea de moralización. La política puede y debe ayudar a que la economía se subordine a la moral; hay una serie de delitos económicos que deben estar perseguidos por las leyes, pero eso nunca podrá sustituir el que exista conciencia ética en los ciudadanos, para que sea posible lograr que las cosas funcionen verdaderamente bien.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- CALVEZ, Jean-Yves, *La enseñanza social de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1991.  
(Aunque el título es demasiado general, trata solamente la moral económica y, a pesar de ser un poco antiguo, me parece muy bueno).
- GONZÁLEZ FABRE, Raúl, *Ética y economía*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2005.
  - GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, *Entre la utopía y la realidad. Curso de moral social*, Sal Terrae, Santander, 1998, especialmente pp. 75-204.